

MUSALENKO Y EL TESORO ROBADO





a paz y la armonía entre la gente reinaban en el Reino Musaleno. Todo el mundo estaba feliz y sonriente. En estas tierras soleadas crecían árboles frutales y verduras frescas, riachuelos corrían ruidosamente, innumerables girasoles sonreían a los transeúntes, perros y gatos se estiraban al sol en las aceras de la ciudad. El dulce aroma de los bollos de manzana y canela salía de las ventanas acogedoras y de las puertas abiertas de par en par de las pastelerías, mientras el famoso jarabe de frambuesa del reino se sonrojaba coquetamente en hermosas botellas de cristal, esperando saciar la sed del próximo conocedor. Los niños jugaban despreocupadamente al aire libre todo el día, los adultos inventaban nuevas formas de ayudarse mutuamente cada día para que sus vidas fueran más fáciles y felices, y los abuelos disfrutaban del juego de los niños mientras paseaban por los parques y jardines. La despreocupación de los musalenos no tenía fin... hasta que llegaron los problemas.

Como cualquier otro reino, el reino musaleno también tenía su tesorería donde se guardaban los tesoros reales: adornos, diamantes, monedas, perlas y joyas. Pero este tesoro era extraordinario. Guardaba algo más, algo mucho más valioso que todos los tesoros de todos los reinos: guardaba el mayor tesoro de todos: la antorcha con el fuego de Musalén.

La gran tarea de preservar esta riqueza fue confiada al gran e intrépido dragón Murcón.

La gran tarea de preservar esta riqueza fue confiada al gran e



intrépido dragón Murcón.

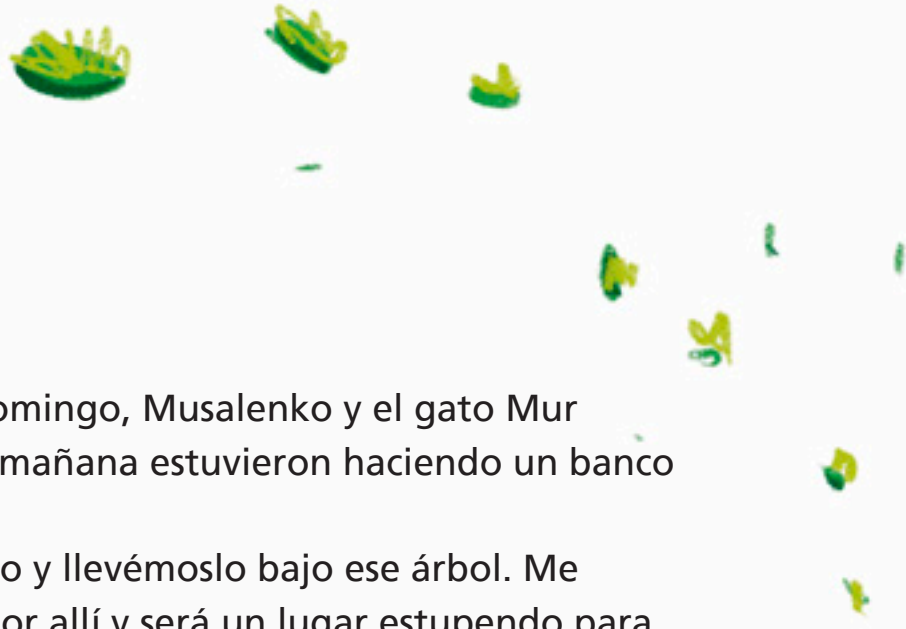
Un día ocurrió algo terrible. Todos los guardianes del tesoro cayeron derrocados de un sueño profundo y continuo. El dragón Murcón también se encontró cautivo de esta siesta inusual. Cuando despertó, se encontró atado con cadenas, y los tesoros y el fuego musaleno habían desaparecido.

El rey Musalén consternado contemplaba la tesorería vacía donde hasta ayer había brillado la riqueza real. Se preguntó quién podría haberlo robado. En ese momento se acordó de quién podía ayudarle y rápidamente ordenó:

- ¡Tráeme algunos de los bollos de canela y una botella del mejor jarabe de frambuesa! Tengo una idea.







PICNIC DE DOMINGO

En esta soleada tarde de domingo, Musalenko y el gato Mur estaban en el patio. Toda la mañana estuvieron haciendo un banco de madera.

- Vamos, Mur, agarra ese lado y llevémoslo bajo ese árbol. Me parece que la sombra es mejor allí y será un lugar estupendo para nuestro picnic! - dijo Musalenko. Después de mover el banco, se sentaron a descansar.

- Será muy agradable bajo esta sombra en el calor del verano - comentó Mur.

- Yo leeré libros y tú te echarás una siesta al fresco - añadió Musalenko con satisfacción. Mur trajo un mantel y cubiertos, y Musalenko - un bol entero de plátanos, naranjas, manzanas y fresas. Los dos héroes estaban muy hambrientos después de su duro trabajo y prepararon rápidamente la mesa de picnic.

- ¡Oye, Musalenko, mira lo que he encontrado en la cocina! - gritó Mur con alegría.

- Hmm, qué raro, no recuerdo haber comprado bollos de canela y jarabe de frambuesa. Jaja, debo haber tenido mucha hambre otra vez y no me di cuenta en absoluto.

- Lo importante es que nuestro picnic de la tarde se convirtió en un auténtico festín.

Los hambrientos y felices héroes se sentaron en el nuevo banco de madera, se sirvieron un vaso de jarabe fresco a cada uno, comieron algunas fresas y bollos de canela y decidieron tumbarse en una manta para leer su libro favorito.

- Musalenko, tenías mucha razón. ¡Es maravilloso! Ven a leerme, y yo me echaré una siesta aquí al lado - dijo Mur, bostezando y echándose una dulce, dulce siesta.



Musalenko también estaba cansado, así que también se sumió en un profundo sueño antes de poder pasar a la primera página...

De repente, alguien les despertó e interrumpió su sueño.

- El rey Musalén te llama a comparecer en su reino inmediatamente.

¡Es muy importante! - Tres mensajeros reales aparecieron mágicamente en la patio. Musalenko y Mur intercambiaron una mirada y se dirigieron rápidamente hacia el palacio.

En las puertas reales estaban el rey Musalén y el dragón Murkon.

- Mis queridos amigos, ¡me alegro de veros! Nos ha ocurrido un gran problema, y sólo vosotros podéis ayudarnos. Todo el tesoro real con todas las joyas, perlas, gemas... desapareció. Pero este no es el mayor de los males, sino que ha desaparecido lo máspreciado: ¡la Antorcha con el Fuego Musaleno!

- ¡Oh, noble rey!, sería un honor ayudar. Pero, por favor, dígame, ¿cómo es que una antorcha con fuego es más valiosa que todos los diamantes y todo el oro escondidos en el tesorería? - preguntó Musalenko.

- Esta no es una antorcha cualquiera. El fuego que arde en él es mágico. Tiene la capacidad de encender el deseo del bien entre las personas, de calentar nuestras almas, de iluminar nuestro camino. Siempre brilla porque se alimenta de la bondad del pueblo musaleno, pero si traspasa los límites del reino, empezará a desvanecerse poco a poco, y eso nos condenará a la miseria y al dolor.

- Así que no tenemos mucho tiempo que perder. Debemos encontrar a los ladrones lo antes posible - dijo Musalenko decisivamente...

Sacó de su mochila una brújula, un mapa y una gran hoja de papel.



- Mur, por favor, pásame un lápiz. Querido rey, dime exactamente qué ha pasado - Musalenko comenzó a informarse.

- Esta mañana hemos encontrado a todos los guardias que custodian el tesoro real durmiendo, y eso es inaudito: ellos nunca duermen. El dragón Murkon también estaba dormido, y vosotros lo conocéis bien: siempre está de guardia y no deja que nadie toque el tesoro. Estaba todo atado con cadenas y no podía moverse, lo que significa que algún villano muy grande y fuerte debe haberlo atado. Olía a huevos podridos por todas partes - dijo el Rey.

Musalenko adivinó de inmediato quién podría haber participado en este extraño asunto.

- Mur, encuentra a nuestro amigo, el monstruo Dienteagudo, y juntos veamos si la bruja Malvada sabe algo al respecto - suplicó Musalenko mientras se rascaba la barba pensativamente. - Yo iré a ver al tío Malón y le preguntaré dónde estuvo anoche.

Media hora después, Musalenko y Mur regresaron.

- Fui a la casa de la bruja Malvada - comenzó a contar Mur - la puerta estaba abierta y flotaba un hedor insoportable a huevos podridos. Elld no estaba, pero ese olor era realmente sospechoso.

- Malón tampoco estaba en casa - continuó Musalenko. - Ay, ¡sabía que esos bribones habían robado el tesoro! - gritó Musalenko con rabia. - La pregunta ahora es ¿dónde lo han escondido?

- He oído que Malón suele ir a una isla desierta y misteriosa. Allí hay un bosque denso y cuevas interminables. Debe haberse escondido allí con lo robado - dijo Musalen. - La llamamos isla de Malón, y he oído que sólo es accesible por agua. Le daré mi barco más rápido para que lleguéis lo antes posible. Y mientras tú buscas a los ladrones, Murcon y yo nos quedaremos para vigilar el reino.



VIAJE EN BARCO

Musalenko puso el mapa sobre la mesa, preparó la brújula de Mur y midió la distancia que había hasta la isla secreta:

- Tardaremos unos dos días en llegar. No tenemos tiempo que perder. Mur, Dienteagudo, ¡vamos ahora!

Los tres subieron al barco y navegaron hacia la isla. Sin embargo, cuanto más se acercaban a su destino, más agitada se volvía el agua y más fuerte soplabla el viento. Las nubes de tormenta tapaban el sol y las olas de cinco metros intentaban arrollar el barco. Durante varias horas lucharon contra el mar embravecido. De repente, una poderosa ola barrió el barco y lo volcó.

- Mur, Dienteagudo, ¡poneos los chalecos salvavidas y agarrad fuerte! - gritó Musalenko.

- Amigos, no puedo soportar más - gritó Dienteagudo. - Las olas me llevarán.

- Dienteagudo, ¡no te rindas! Encontraremos la manera de salir de esto. Vamos, reunid vuestras fuerzas y gritemos juntos a una sola voz pidiendo ayuda. Tres, dos, uno: „¡Ayuda! AYUDA!!!“, empezaron a gritar nuestros héroes a una sola voz.

En ese momento, se formaron poderosos remolinos en el agua que engulleron a los tres amigos. No sabemos con seguridad cuánto tiempo se hundían Musalenko, Mur y Dienteagudo, pero sí sabemos que durante esta aventura en el remolino, consiguieron encontrarse con una ballena, 10 delfines y un pulpo que les saludó ocho veces con sus ocho tentáculos. Todo un equipo de langostinos pasó por delante de ellos corriendo. Vieron unas cuantas perlas avergonzadas escondidas en sus conchas de almeja. Dienteagudo logró adornarse con algas rojas, solamente para decoración. Mur saltó sobre un erizo de mar que se interpuso en su camino de





repente, y se encontró con un gato de mar que indudablemente no podía maullar como él. Los tres héroes se arremolinaban sin cesar en las profundidades del mar, pero no les molestaba, era muy agradable dejarse llevar por el agua. De repente, los aventureros salieron de los remolinos y se encontraron en algún lugar fabuloso.

- ¿Dónde estamos? - preguntó Mur con preocupación. No le gustaba no saber dónde estaba, así que siempre llevaba una brújula consigo. Pero en el torbellino de agua había caído por la borda en algún lugar, al igual que Mur.

- Bienvenido al reino de las sirenas - respondió inesperadamente a su pregunta una criatura increíblemente bella, con una cola brillante de nácar, una sonrisa sobrenatural y una larga cabellera dorada como la miel, adornada con una corona de coral.

- ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? - preguntó Musalenko. - Nos dirigimos a la isla de Malón, donde probablemente se esconde el fuego musaleno, sin el cual nuestro querido reino no puede existir. Desgraciadamente, esta tormenta se ha abatido sobre nosotros de forma inesperada.

- Os habéis dirigido a la isla de Malón, pero ella está hechizada. Cuanto más os acerquéis a ella, más terrible será la tormenta, de modo que os perderéis y nunca la encontraréis. Sólo la brújula de una sirena mágica puede romper el hechizo y llevaros a vuestro destino. Tomad esta hermosa concha. Es mágica. Tenéis que pensar en el lugar al que queréis llegar, giraros en todas las direcciones, y cuando la perla de la concha empiece a brillar, entonces esta es la dirección correcta. Cuanto más brille, más cerca estará la meta. Mur cogió la concha, pensó en la isla de Malón y empezó a girar en todas las direcciones hasta que la perla empezó a brillar.





- ¡Gracias, sirena, por tu amabilidad! Nunca la olvidaremos - dijo Musalenko.

- Mientras la bondad te guíe, te ayudaré con todo mi corazón. Os deseo éxito en el descubrimiento del fuego de Musalén, y espero que los malhechores se arrepientan pronto de su mal hecho.

La sirena se despidió de los héroes con un gesto y ellos se dirigieron en la dirección que les había indicado la brújula-concha.

Al cabo de un rato, Musalenko, Mur y Dienteagudo se encontraron en una playa fabulosa. La perla brillaba con toda su fuerza, por lo que nuestros aventureros no dudaban de que habían llegado a la isla que buscaban.

- ¿Dónde se han escondido la bruja Malvada y el tío Malón? - saltó impaciente Mur.

- ¡¡Mira ahí!! Hay humo dentro del bosque - señaló Musalenko.

- Huelo a huevos podrido - Dienteagudo arrugó la nariz.

Lentamente, de puntillas, se acercaron al lugar del que salía el humo. Y qué es lo que vieron: la bruja Malvada saltaba alrededor de la antorcha encendida con el fuego musaleno, toda adornada con collares y anillos de diamantes y rubíes, y Malón estaba al mismo tiempo mirando las monedas de oro y contándolos cuidadosamente uno a uno.

- ¡Eh! Os hemos pillado, ¡qué bribones! - saltó Musalenko, señalando con el dedo el tesoro robado.

- ¿Cómo no os da vergüenza robar? Ahora recibiréis vuestro castigo - gritó victoriosamente el gato Mur.

- ¡No hay ningún lugar al que podáis huir! - gruñó Dienteagudo.

- Fue mi idea - confesó asustado Malón - convencí a Malvada para que hiciera una poción mágica de huevos podridos para adormecer



a los guardias del tesoro. Luego tranquilizamos y atamos al dragón Murkon con cadenas - terminó Malón su confesión de la fechoría.

- ¡Ay!, pero yo no hice nada malo - la bruja Malvada murmuró

- sólo quería adornarme con joyas, así que hice un hechizo muy pequeeeeeño, microscópico.

- ¿Y por qué teníais que robar el fuego musaleno? ¿No tenéis todos los tesoros que necesitáis? – se excitó Dienteagudo, aún más enfadado.

- Todos esos tesoros brillan aún más cuando son iluminados por la bondad y el calor del fuego musaleno. Por eso también lo robamos

- añadió Malón, contemplando soñadoramente el reflejo de la llama en el tesoro.

- ¡Devolved inmediatamente todo a la tesorería, donde pertenece: en el reino! - ordenó Musalenko. - Y vosotros responderéis ante el Rey Musalén. Asegúrate de que no escapen - dijo nuestro héroe a Dienteagudo.

Todos subieron al barco de Malón y zarparon hacia el puerto de Musalén. Allí fueron recibidos por el Rey, feliz de que su mayor tesoro, la antorcha de fuego musaleno, estuviera ya en su lugar.

- Musalenko, Mur, Dienteagudo, vosotros sois nuestros héroes, y como tales, os concedo medallas especiales al valor, en las que brilla una partícula de nuestro fuego. Siempre os mantendrá calientes y os mostrará el camino del bien - anunció solemnemente el Rey, y luego se volvió hacia los ladrones:

- Malvada y Malón, no os enviaré al calabozo, pero os encomendaré a la ayuda de mi consejero real en las buenas obras. Con él iréis por el reino, conociendo a la gente, ayudándola cuando esté en apuros, y así aprenderéis cómo y cuánto mejor es hacer el bien.



El brillo y la alegría volvieron a los ojos de todos. La gente volvió a su vida despreocupada, y el sol siguió brillando tan alegremente como antes.

- Amigos, debéis estar cansados por el largo viaje. - Dijo el Rey Musalén a los héroes - Venid a descansar. Os hemos preparado el jarabe de frambuesa más fresco del reino y los bollos de canela más aromáticos.

Después de alimentarse, Mur y Musalenko se acostaron a descansar. No está claro cuánto tiempo durmieron o si soñaron o no toda esta aventura, pero en cuanto abrieron los ojos se encontraron en el patio, bajo la agradable sombra del árbol con el nuevo banco de madera.

- Mur, he soñado que tú y yo estábamos en el Reino Musaleno - gritó Musalenko.

- ¡Qué extraño, yo también! Debimos de estar muy cansados esta mañana mientras hacíamos el banco... - el gato abrió mucho los ojos.

Los dos amigos se sentaron satisfechos en el nuevo banco bajo el árbol y disfrutaron de la belleza del sol poniente.





Musalenko y el tesoro robado

© Musala Soft

Zoran Nikolov, autor, 2021

Yoana Ivanova, autor, 2021

Gabriela Taneva, Diseño e Ilustracion, 2021

